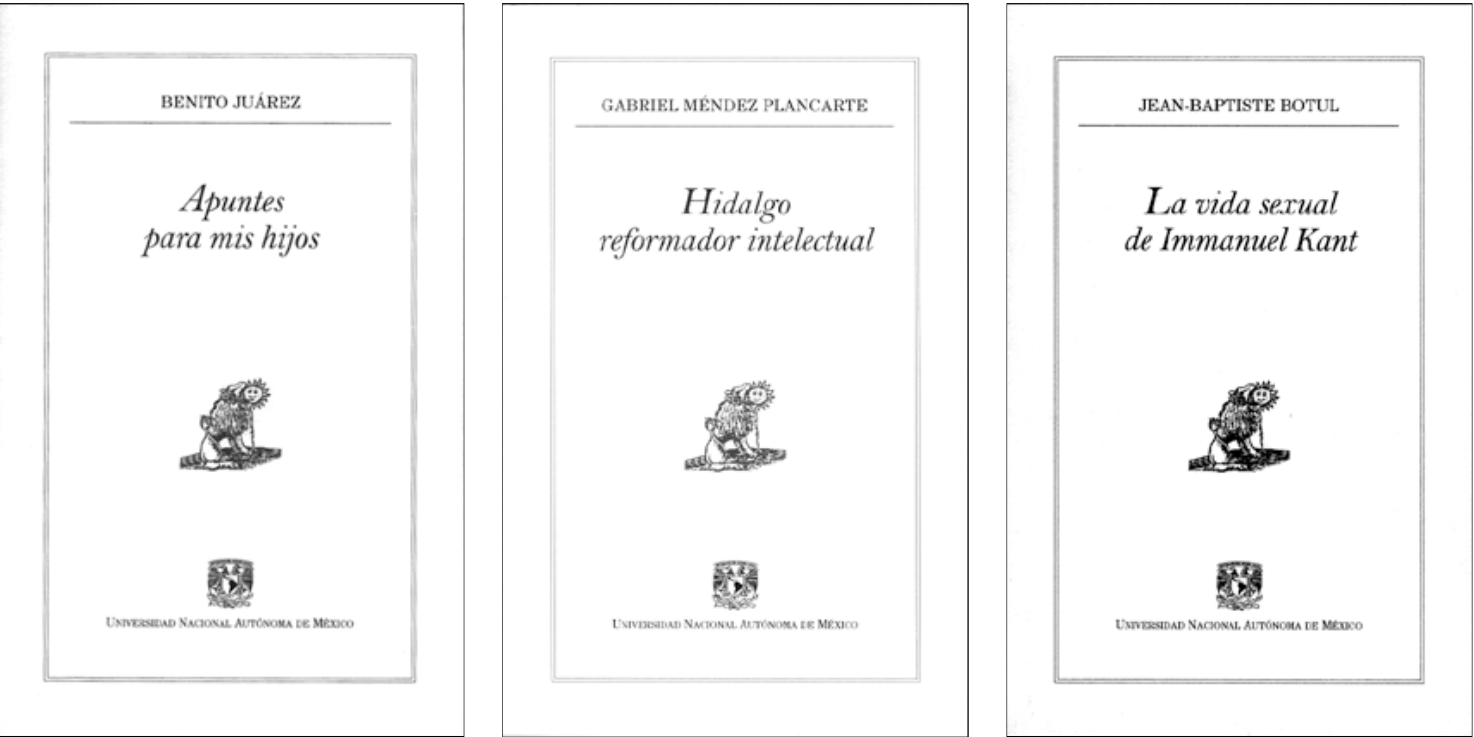


Grandeza de la pequeñez

Hugo Hiriart



Hay en el libro pequeño y esbelto una gentileza cordial y una elegancia que se hayan ausentes del volumen grueso, casi siempre pedantesco y amenazante. Los grandes monstruos fofos, llamaba Henry James a esas obras exhaustivas, densas, maniáticas, interminables.

Como aceitunas o almendras, el repaso de los libros pequeños se antoja irresistiblemente. Imantan la lectura con su frescura juvenil y su buena educación. “El volumen grueso está equivocado hasta que prueba lo contrario”, apostrofaba James.

La Universidad ha emprendido la publicación de una colección de estos libros pequeños, se trata de la colección *Pequeños Grandes Ensayos*. La colección, además de tener gran pulcritud y galanura, como es habitual en los libros universitarios, es una colección, como se ve, no de novelas, cuentos o poemas, sino de justamente del más libre de los géneros, el ensayo.

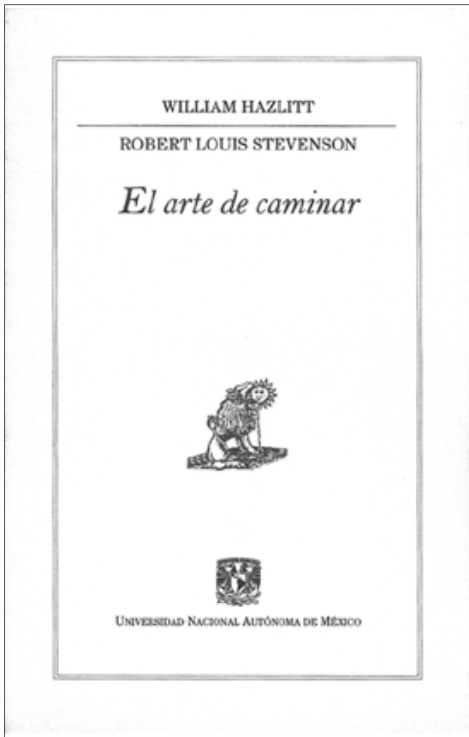
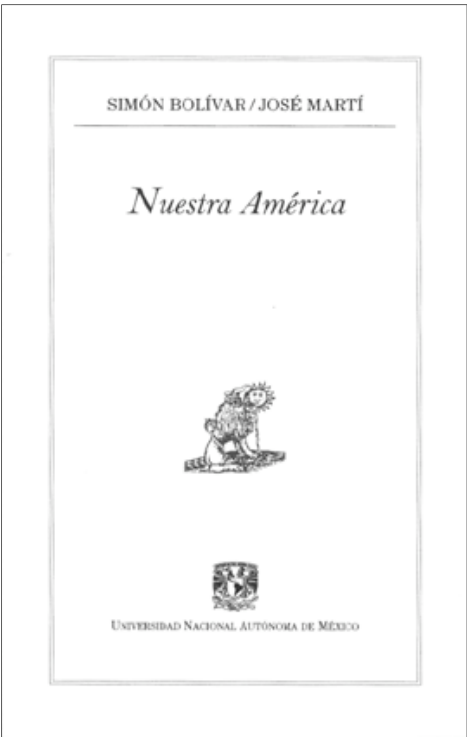
Si “la acción del arte”, como señala Thomas Mann, es “una acción que introduce orden, que da forma, que hace transparente, abarcable con la mirada la confusión caótica de la vida”, los cuentos y las novelas, es decir, las narraciones, dan forma a las trayectorias vitales, los recuerdos, por ejemplo, pero los ensayos, por su parte, “introducen orden que hace transparente, abarcable con la mirada la confusión caótica” del pensamiento y la conversación.

La colección tiene muy variados títulos y autores, mexicanos y extranjeros, sólo unificados por la escueta brevedad de los textos. El primer título de la colección es mexicano, se trata de los *Apuntes a mis hijos* de nuestro impertérrito benemérito Benito Juárez. Se trata de un libro indispensable, pues en él, con gran sencillez, va dando don Benito la narración de la primera parte de su vida, hasta poco después de 1857 (Juárez murió en 1872). Faltó, pues, la segunda

parte, la más batalladora y gloriosa, pero lo que cuenta arroja luz tanto sobre su época como sobre su severa personalidad.

El segundo título es muy afortunado. Viene de la de pluma elegante y erudita de Gabriel Méndez Plancarte, poeta, humanista, esto es, conocedor de las lenguas clásicas, erudito en nuestras letras (suyos son los estudios sobre humanistas mexicanos del siglo XVIII), editor de la revista *Ábside*, de cultura católica mexicana, entre otras cosas. Se trata de un opúsculo acerca del padre Hidalgo y su escrito *Disertación sobre el verdadero método de estudiar teología*. La personalidad de nuestro muy inteligente (le decían el “Zorro”) y cultísimo Padre de la Independencia es, por desgracia, poco conocida entre nosotros.

Y así van desfilando los primeros trece volúmenes (que se expenden en una elegante cajita y, la verdad, a no alto precio); sus títulos son muy diversos y no hay uno que



sobre o desmerezca, están Hazlitt, especie de Benito Juárez del ensayo inglés, Pico della Mirandola, el sabio renacentista, el cubano Carpentier, Nietzsche, genio teutón, y Buffon, francés, el de “el estilo es el hombre”, los hercúleos Hernán Cortés, Simón Bolívar y Martí, este último de preclara pluma modernista, el encantador Robert Louis Stevenson, cuya prosa Borges amaba, y el monstruo de la filosofía David Hume, cuya p rosa Kant envidiaba. Y a propósito de Kant, he dejado para el final de la lista el cuarto volumen de la colección que versa sobre él y lleva el paradójico título de *La vida sexual de Immanuel Kant*, y digo paradójico porque Kant, soltero, casto y morigerado, no parece haber tenido ninguna experiencia en este inquieto orden de cosas, lo que, observa Jean-Baptiste Botul, autor del ensayo, plantea un problema ético en relación con el imperativo categórico pos-

tulado por Kant: dice este principio que debes actuar de manera que tu acción pueda hacerse regla universal de conducta. Pero si esto fuera así en relación con esta práctica u observancia en materia sexual, por culpa de la castidad kantiana, la humanidad se extinguiría, cosa, supongo, a todas luces indeseable y contraria a la ética preconizada por el filósofo.

Pero la colección ha seguido adelante con tres autores de peso completo: Sartre y Camus, de los tiempos de los grandes fumadores en los cafés existencialistas, polemizando los dos en el mismo volumen, luego Heidegger, el meditador de la Selva Negra, y sigue Lamb con un ensayo delicioso desde el título perspicaz y prometedor, *Sobre la melancolía de los sastres*, y viene luego el ecuaníme y poderoso E.M. Forster, narrador eminente que expresa su credo en un ensayo que alcanzó gran cele-

bridad, *En lo que creo*, y que comienza, de un modo muy inglés, diciendo “no creo en las creencias...”.

La colección continúa con títulos muy variados, todos, o casi, interesantes y nutritivos. El volumen veinte tiene, por ejemplo, a Henry Miller hablando, claro, de él mismo, y en el veintiuno figura el suave y tolerante padre moderno del ensayo, el “señor Montaña”, don Michel de Montaigne.

La colección es pues un acierto y constituye una invitación, en su forma más instructiva y astuta, al placer de leer.

Dicho esto, vámonos de paseo. De paseo mental. Porque el ensayo es, ante todo, un paseo mental. Así lo concebían los maestros ingleses del género Hazlitt, Lamb, De Quincey, Stevenson.

“La inteligencia también tiene sus pasiones”, recordaba Bernard Shaw. **U**

La colección, además de tener gran pulcritud y galanura, como es habitual en los libros universitarios, es una colección, como se ve, no de novelas, cuentos o poemas, sino de justamente del más libre de los géneros, el ensayo.